



Timbuktu (2014). La Sociedad Sometida A La Yihad

Por IGOR BARRENETXEA MARAÑÓN

Tombuctú (en francés) es una ciudad cercana al río Níger, en la República de Malí, con cerca de 35.000 habitantes. Su situación estratégica sirvió durante muchos siglos de punto de unión entre los pueblos nómadas bereberes y los árabes del norte. Contó, en su mayor época de esplendor, con una universidad (Sankore) y madrazas, convirtiéndola en un centro cultural de enorme importancia. Tombuctú, con sus peculiares casas de barro, tuvo una época en la que capitalizaba el turismo de la región pero con el tiempo entró en decadencia. Sin embargo, su historia cambió profundamente cuando triunfó la Rebelión Tuareg, en abril de 2012, y quedó en manos del Movimiento Nacional para la Liberación de Azawad. A partir de ese momento, han gobernado los yihadistas la urbe junto al Níger, destruyendo una parte considerable del patrimonio artístico local por estimarlo *impío*.

Dos años más tarde, el director y productor mauritano Abderrahmane Sissako, de 53 años, que se dio a conocer en la esfera internacional con *Bamako* (2006), se atreve a llevar a la gran pantalla un relato estremecedor y, a la vez, brillante, sobre cómo es la *nueva vida* en esta mítica ciudad de Malí. La primera escena es harto elocuente, un grupo de yihadistas dispara para hacer sus prácticas de tiro con sus temibles AK-47 contra antiguas máscaras y figuras de madera, productos de la tradición tribal de la región, destruyéndolas o desfigurándolas por completo. La fuerza y la intención de estas imágenes son muy reveladoras sobre el trasfondo de la historia... un rehén occidental es llevado por una partida hacia otro lugar desconocido... frente a este nuevo mundo impuesto por los grupos radicales se encuentra una sociedad tradicional que se enfrenta a la perversa mirada con la que lo yihadistas interpretan el Corán para sus propios fines (brutales, desconsiderados e inhumanos).

A partir de ahí, el director, de forma concisa e, incluso, lírica, con una potente fotografía y una cuidada banda sonora, nos describe ese universo en que han de vivir sometidos los habitantes de Tombuctú. Se les prohíbe fumar, cantar, escuchar música (incluso, seguro que reír, si pudieran), obligando a las mujeres a llevar calcetines y guantes, a no vagar en las calles, a vivir de puertas para adentro pero en silencio... la maestría del director radica en la infinidad de perceptivos elementos que nos describen un régimen de miedo y terror, de imposición y de vil crudeza. El hecho de que los nuevos gobernantes de la ciudad sean extranjeros, hablan el árabe y pretenden imponerlo, frente a la lengua local aunque, a veces, se tienen que expresar en inglés para entenderse, muestra a las claras su carácter intransigente y fiero.



El Islam lo justifica todo, según ellos, a pesar de que el imán local pretende convencer al jefe de los radicales de que hay que ser generosos y que la dignidad de la fe no estriba en la fuerza sino en la reflexión, en otras palabras, en asumir las propias debilidades humanas; reconocer nuestras imperfecciones nos llevan al perdón, a la piedad y al respeto. No obstante, los yihadistas utilizan arteramente la filosofía resignada del Islam, es decisión de Alá, hay que cumplir el destino. La policía religiosa con sus petos negros vigila y controla desde los tejados y las calles con permanentes retenes armados que se cumplan las reglas, apaleando o ya apedreando a quien incumpla la Sharia y las prohibiciones.

Sin embargo, es un mundo contradictorio. Apelan a la tradición pero, por otro lado, se comunican por móviles y se desplazan en automóviles por las arenas del desierto, incluso, uno de ellos, fuma en secreto, contraviniendo las mismas normas que han impuesto.

La trama, también, nos habla de una familia destruida. Muy simbólico a la hora de ver cómo el integrismo no solo pretende someter a la sociedad vivaz y alegre sino cómo esto acaba afectando a los individuos de una manera despiadada. Kidane es un próspero ganadero que ama con sentido afecto a su mujer, Satima, y a su hija, Toya. Vive en su haima, a las afueras de Tombuctú, recordándonos ese pasado

nómada. Un buen día, una de sus vacas favoritas, a las que guía el joven Issam, acaba enganchada en la red de un pescador vecino. Y éste la mata. Kidane, furioso, se enfrenta al pescador con tal mala suerte que se le dispara la pistola que lleva con él. Su suerte se fía a los nuevos tribunales de justicia. Ha de pagar sangre por sangre. Su vida, por tanto, queda arruinada, al igual que la de su familia.

Sissako es capaz de envolvernos con la suave brisa del desierto pero, al mismo tiempo, nos obliga a observar la devastación inhumana que trae consigo el yihadismo. Lo hace con delicadeza, a pesar de la crudeza con la que, también, podía haber enfocado el tema, y un lirismo muy sutil y generoso, como cuando los pobres muchachos de la localidad juegan un partido de fútbol con un balón imaginario.

Todo son detalles, como el burro que deambula por la ciudad y que parece ser el único libre en una sociedad sometida a los dictados de la sinrazón en la que se obliga a las jóvenes hijas casaderas a ser entregadas por la fuerza a los yihadistas... no les importan las costumbres ni las emociones. Utilizan el Corán torticeramente, sin importarles el sufrimiento humano, imponiendo una doctrina de hierro.

Sin embargo, tras cada fotograma, tras cada emoción sustraída y cada imagen dispuesta hay un elemento que explica, en buena medida, por qué

estas poblaciones no se rebelan ante tamaña represión y es ese fatalismo propiciado por la propia religión islámica: Alá lo dispone así. La única persona que vive feliz es la loca del pueblo, la única que parece vivir ajena a los dictados de los hombres.

Sin duda, *Timbuktú* es una conmovedora visión de esta nueva realidad en la que un grupo de radicales venidos de otros lugares destruye a su paso la humanidad a cambio de intolerancia, represión y miedo. Obligados estamos a verla, a valorar qué podemos hacer para revertir esta situación e impedir que el yihadismo se extienda por otros lugares con su oscuro velo.

T. O: *Le chagrin des oiseaux (Timbuktu).*

Producción: Armada Films / Les Films du Worso / Dune Vision (Mauritania-Francia, 2014). **Director:** Abderrahmane Sissako. **Guión:** Abderrahmane Sissako y Kessen Tall. **Fotografía:** Sofian El Fani. **Música:** Amin Bouhafa.

Intérpretes: Abel Jafri, Hichem Yacoubi, Kettly Noël, Pino Desperado, Toulou Kiki, Ibrahim Ahmed, Layla Walet Mohamed, Mehdi A.G. Mohamed, Fatoumata Diawara, Adel Mahmoud Cherif, Salem Dendou, Mamby Kamissoko, Yoro Diakité, Cheik A.G. Emakni, Zikra Oualet Moussa, Weli Cleib.

Color - 100 minutos. **Estreno en España:** 6-II-2015.